

El divorcio no es una opción

Estefanía Magallanes



OPCIONES

ESTEFANÍA MAGALLANES



Capítulo 1

El viento golpeaba con fuerza las hojas de los árboles, haciéndolas bailar en círculo a través de las ramas, antes de caer flotando, como cascadas de otoño por la calle. El cielo, colmado de nubes oscuras, amenazaba con empapar el espacio pronto. El noticiero había pronosticado lluvia, por lo que Carlos vestía un suéter gris de algodón que cubría su cuerpo adelgazado en estrés y un abrigo de lana con el paraguas negro que había comprado en una tienda de saldos la semana pasada. Había llegado temprano para encontrar un sitio donde esconderse y no perder la llegada del viejo. Seis en punto, como siempre. Pudo ver la sombra perfilada del anciano asomarse por la esquina de la calle y notó que su respiración se detenía por completo unos segundos, como si no quisiera envenenar el aire de ese instante con su aliento. El misterioso anciano vestía un abrigo café raído por el clima, lo que le pareció extraño a Carlos, pues sabía que sólo usaba ese abrigo los martes, y ese día era domingo. Pero se despojó de la idea asumiendo que el viejo, aturdido por la rutina, intentaba ser espontáneo. El pantalón del hombre tenía huecos y parches rematados, sus zapatos disparejos se resbalaban por el piso y un sombrero sucio escondía su cabellera larga y blanca. A solo unos pasos de la casa, el hombre comenzó a buscar la llave en uno de los bolsillos del desgastado pantalón. Cuando llegó a la casa tenía la llave lista y en un movimiento rápido —adentro, giro, click— quitó el candado y con sumo cuidado, levantó la reja para no hacerla raspar el piso de cemento al abrir.

La casa tenía abandonada más de dos décadas. Su fachada era gris, consumida por los años, limitada por una reja de acero debilitada, un poco torcida, con una gruesa cadena sujeta por un candado nuevo y reluciente que colisionaba con el aspecto casi tétrico de la propiedad. La fachada se diluía en un jardín seco con una enredadera que cubría la reja en la que pequeñas y escasas flores de color rosado parecían retar el abandono. Una de las ventanas descansaba rota, por lo que debió ser una pelota pequeña, dejando un orificio craquelado de cristal y la otra tenía un cortinero de madera que colgaba a la mitad de la ventana en lo que Carlos asumía era una habitación que el anciano no visitaba. En su mente, aunque la casa exhibía descuido y abandono, era su certeza que la realidad era distinta, y dentro de la casa los espacios eran luminosos y pulcros. La ventana y el cortinero eran solo una distracción. Una genialidad. Nadie más que Carlos había reparado en esa casa. Era solo una más en una calle repleta de muchas otras iguales.

«No sé de qué casa me hablas» aseveró Lucía, la esposa de Carlos, cuando él trató de explicar por qué había llegado tarde a cenar. De nuevo. «Deberías estar buscando trabajo, en lugar de perder el tiempo con casas viejas y abandonadas.» Pero ese era el punto. ¡No estaba abandonada! En

otro momento, Carlos habría intentado abrir los ojos de Lucía. Convencerla de la importancia, casi vital, de conocer los secretos del anciano y la enigmática propiedad. Pero su matrimonio le había enseñado que una mala compañía puede corroer el alma, y estaba demasiado cansado para inculcar su fe a una mujer que ya no conocía.

La primera vez que vio al anciano fue una tarde de abril. Había salido a una entrevista de trabajo e iba de regreso a casa cuando vio a un anciano de cabello blanco y alborotado caminar hacia la casa y entrar en ella. Cargaba unas bolsas con comida y en su paso no había prisa ni duda. No podía explicar por qué ese anciano había tenido un efecto tan hipnotizante en él, pero imaginaba que tenía mucho que ver con la desesperanza. Carlos había perdido su empleo en la fábrica de relojes un año atrás y desde entonces no había logrado encontrar nada nuevo. Lucía se vio obligada a tomar más turnos en la cafetería y todas las noches llegaba a casa cansada e irritada; veía a Carlos con desprecio, desilusionada del marido que ahora tenía que mantener.

El anciano podía haber pasado por un vagabundo más, pero para Carlos, fue su mirada la que lo separó del mundo. En la mirada del viejo había una felicidad inalterable, una completa satisfacción con la vida. Sus ojos, grises y vivaces, derramaban la felicidad con la que tanto soñaba Carlos. Esa felicidad divina, con la que se nace por derecho. Esa que perdemos con nuestras decisiones.

La primera vez que lo vio recordó sus años en la universidad, cuando todo era nuevo y excitante. Soñaba con ser un comerciante exitoso, un hombre emprendedor y famoso, colmado de lujos, viajes, mujeres, sexo y si la vida lo quería, amor. Lucía era su novia en la universidad. Era una mujer de escasos atributos pero con un atractivo misterioso que mantenía el apego de Carlos. Su personalidad era libre y tenía una mente igual de abierta que sus piernas. El sexo con ella era increíble, aunque irresponsable. No fue hasta que resultó embarazada que Carlos descubrió que era la hija del más respetado sacerdote de la ciudad. Cuando supo del embarazo, el padre de Lucía exigió que se casaran de inmediato y sin preguntar dispuso una boda de mal gusto en sólo tres semanas; lo suficiente para justificar un embarazo concebido en la noche de bodas. Lucía se encargó de sobornar a uno de los meseros que le entregó toda la noche limonadas diluidas con tequila. Más tarde, Lucía tendría sexo con el mesero en uno de los baños. Ya borracha se acercaba a Carlos y lo maldecía temblando con la bebida chorreando su vestido aperlado «Has arruinado mi vida» balbuceaba, tratando de mantener el equilibrio «Pero también has arruinado la tuya».

Carlos no se daría cuenta de la razón que tenía Lucía hasta muchos años después. El embarazo había sido de alto riesgo y Lucía pasó los últimos meses en cama haciendo a Carlos cumplir los caprichos más crueles. Cuando la llevaron al hospital, después de casi siete horas de parto salió un doctor obeso y de baja estatura quitándose la gorra y sujetándola

contra su pecho «Lo siento, hicimos todo lo que pudimos, pero el bebé no sobrevivió». La mamá de Lucía explotó en llanto y sumisa se arrojó a los brazos del sacerdote, que sin dejar de consolarla, miraba furioso a Carlos «Tendrán uno más adelante» aseguró el sacerdote mientras acariciaba el cabello de su esposa «El divorcio no es una opción». Lo último salió de su boca con un gesto de odio y amenaza, como si adivinara el alivio y la salida que Carlos suponía en la muerte de su hijo. El padre de Lucía se encargó de conseguir un trabajo a Carlos en la fábrica de relojes como gerente. El dinero era bueno y el horario flexible. Se habían convertido en una pareja suburbana, con una casa de tres habitaciones, dos coches, un viaje al año, sexo una vez a la semana, seguido de una vez al mes y disminuyendo con los años: ahora de manera responsable, a pesar de los augurios del sacerdote. Carlos ya no recordaba sus sueños, sus ambiciones, y Lucía había perdido el brillo en su mirada: lo único bonito en ella.

Cuando el anciano cerró la reja al entrar, Carlos despertó de su recuerdo y con el abrigo puesto caminó a casa (habían tenido que vender los coches para liberar sus deudas). Al llegar al apartamento, leyó la nota que Lucía había dejado en el refrigerador "Salí con mis amigas. No me esperes". Qué mentira, pensó Carlos. Lucía no tenía amigas y las que tenía las perdió a maridos ricos y amorosos que ya no tenían tiempo para una mujer demacrada, alcohólica y mesera. Carlos sabía hace mucho de sus aventuras, ya no se molestaba en adivinar quién era ahora. Nunca duraban demasiado.

Abrió el refrigerador, sacó una cerveza y se sentó en el sillón de la sala, contemplando la ventana que daba al patio y observó el alto pasto que había prometido podar el fin de semana. Su mente estaba poseída por la casa y el anciano. El anciano con la mirada de gozo indestructible.

Al notar el áspero tacto del sillón, pensó cuántas veces había querido dejar a Lucía. Había abandonado la búsqueda de trabajo semanas atrás. Lucía ganaba lo suficiente para ambos y saber que trabajaba más de lo que deseaba le producía un extraño placer. Su única razón para salir de casa era el anciano. Y como todo hombre miserable, la obsesión es muchas veces la mejor compañía.

El padre de Lucía había muerto años atrás, incidente que motivó en ella una moral ventajosa en la que había encontrado un Dios en la bebida. Sin abandonar las misas de domingo, claro. Cuando regresaba del oficio, se persignaba al ver a Carlos y desahogaba maldiciones.

«Eres un esposo lamentable y nunca te he amado» exclamaba «Pero el divorcio no es una opción». Sus palabras eran secas y aprendidas, como si repitiera el último sermón de su padre como penitencia. No terminaba el reproche cuando ya tenía la botella de whiskey abierta y los labios demasiados sedientos para buscar un vaso.

Ese domingo, Carlos había pasado la mañana hechizado con el recuerdo del anciano. Con una cerveza en la mano, observaba cada rincón del

diminuto apartamento que los resguardaba del frío de la calle; los muebles, cubiertos de polvo, evidenciaban la mujer abandonada y depresiva en la que se había convertido Lucía. Los pasillos parecían cortarse con los días, apretando el paso de Carlos por la casa, disminuyendo el aire, contaminando sus pulmones y su alma. Lucía regresó de misa, encolerizada y borracha, aventando trapos e insultos a Carlos «¡El maldito pasto, idiota! ¡Te odio, te odio!». Carlos, inmóvil e indiferente a los insultos de Lucía, sostenía cada vez más fuerte la botella de cerveza. Las refrescantes gotas resbalaban por su mano hasta el incómodo sillón. El anciano atormentaba sus ideas y el deseo de compartir su felicidad envolvían a Carlos en una realidad demasiado lejos a la suya. Se levantó con calma del sillón y caminó hacia Lucía, que ahora lo empujaba y golpeaba con sus puños cubierta en lágrimas y desesperación. Su aliento alcohólico tropezaba con las gotas de saliva al caer en la cara de Carlos, que imaginó a la mujer con la que había tenido el mejor sexo de su vida, al hombre lleno de aspiraciones, al éxito fallido de sus planes. Tomó con firmeza la botella de vidrio y sin esfuerzo la reventó en la cara de Lucía. Con el cuello de la botella, hecho añicos en filosas puntas, apuñaló el cuerpo desvanecido de su esposa. La masacre había despertado en Carlos un deseo oculto que avivó una satisfacción obscena. Cuando su impulso se había saciado soltó la botella ensangrentada. Con el cuerpo exhausto se dejó caer en el sillón, bañado en la sangre de Lucía. «Lo siento, cariño» exclamó jadeando y observando el cuerpo inerte de su esposa «Pero el divorcio no era una opción».

Una sonrisa inesperada embistió su cara, que por primera vez en años, era feliz.